

FASCIO DE COSTA RICA "T. CARDELLI"

# El Decenio Fascista

28 octubre 1922 - 28 Octubre 1932



IMPRESA GUTENBERG  
SAN JOSE, COSTA RICA

**Discurso pronunciado por el  
Dr. don Aniceto Montero  
en el Fascio de Costa Rica  
"T. Cardelli"  
28 de octubre de 1932 - XI**

SEÑORES:

Invitado por la Junta Directiva del Fascismo de Costa Rica para que os dirija la palabra en esta fiesta conmemorativa del 10 aniversario del Avance sobre Roma, nada es tan grato para mí, al corresponder al amable llamamiento de mis amigos, como hacerlos meditar, siquiera por un momento, respecto al hombre que desencadenó la Revolución Fascista, a Mussolini; explicaros el alcance jurídico de esa Revolución y ponerlos de relieve, a propósito de la misma, la responsabilidad histórica, presente y futura, de vosotros, en vuestra calidad de mantenedores de un ideal que no podéis dejar fenecer sin hacer traición a la voluntad, suprema de la evolución, tanto italiana como de la humanidad.

El fascismo no es una doctrina local, hija de una pasión momentánea, y, como tal, pasajera, nó. Se trata de un modo de acomodación social, político y económico, hijo de la conciencia universal que busca el medio armónico de regular las relaciones conscientes entre los hombres. Por eso es útil que conozcamos a MUSSOLINI en primer término.

¡Ahí le tenéis! Frente a vosotros está el busto del hombre con que, en magnífico mármol de Carrara, adornáis esta sala. Se trata de un cabeza en cuyo redor ruge la tempestad de las pasiones, que sus ideas y gestos han desatado. Atacado por unos y defendido por otros, lo cierto es que su persona no pasará ante la historia como una fantástica figura que el naufragio de la vida echa a pique en el piélago del olvido. Ved al hombre cuya voluntad de hierro ha impreso un nuevo canon

o carácter a la vida de Italia y a quien las pasiones de sus admiradores le han escuchado tanto como sus actos y gestos, oyéndose en torno de esa cabeza el huracán de los ataques que brama y extiende hasta perderse en la diferencia de su pueblo o acumularse, como el rayo, en la nube de las cóleras comprimidas para estallar más tarde. Es ese el peligro que incuban y encierran las revoluciones sociales. Los Gracos, Mario y Espartaco, fueron arrollados por ellas, pero recordad que nunca fue Roma más grande que cuando la venganza de sus muertos permitió la florecencia de la Roma Imperial, bajo el gobierno de los primeros Césares.

Así son los hombres de acción que sirven a las Revoluciones. Templadas, en la fragua de la vida, sus almas tienen las cualidades del acero y es por ello que estructuran a las sociedades, descubren y codifican leyes sociales, levantan monumentos de civilización que hacen asequibles a la masa del pueblo; ellos imprimen un nuevo ritmo al trabajo, a la producción y a la riqueza; ellos organizan a las colectividades conforme a nuevos cánones sociales, a nuevos principios, con nuevas finalidades, dentro de nuevas instituciones; ellos, en una palabra, personifican el alma de la patria y le imprimen nuevos arrestos, maravillosas emotividades, superiores concepciones. Es al impulso del genio superior de esos hombres que la patria alestargada siente y palpita y revive plasmándose en instituciones, anhelos que parecieron quimeras tan sólo al pensamiento de los incapaces.

Los grandes genios no conciben a las sociedades desarrollando su potencialidad creadora, si no es reunidas en patrias pujantes y fuertes, jamás en débiles hordas, frágiles tribus o míseros clanes, que es donde el politicastro parasita la vida usufructuando el gobierno de los pueblos enfermos.

Cuántas veces hemos visto, revisando la historia de la humanidad, organizarse dentro de una colectividad en decadencia o en disgregación, una nacionalidad pujante al solo llamamiento de uno de esos hombres superiores. Licurgo, Solón, Moisés, Filipo y Alejandro en los antiguos tiempos; Bismarck ayer, Pilsudsky, Masarick, Kemal Pachá y Mussolini en las modernas épocas dentro del polvasal de nacionalidades con que la Gran Guerra disolvió los vastos imperios de Europa; Bolívar, Morazán y Juárez en la joven América, todos ellos tuvieron por inspiradora de sus actos la imagen sacratísima de la patria grande, de la patria irridenta, fuerte y estable.

¡Ahí le tenéis! Mirada de águila que parece, en la dilata-

ción de la pupila y el prognatismo de los ojos, descubrir dentro de la bruma del futuro el porvenir de vuestra Italia que su alma sueña cada vez mejor; mirada fulgente que trata de saltar el abismo del mañana para adelantarse a resolver las incógnitas que le esconde el porvenir y que su genio pugna por dejar resueltas.

El genio es alado y no se concreta sólo al presente, vuela hacia el porvenir, abarca varias generaciones a la vez y alumbra su camino con las luces de su alma. Eso diferencia al hombre genial del simple gobernante común que como el gusano vive apegado a la hoja y no conoce más que la planta que le sustenta. El genio es un hálito divino que no se alberga dentro de los cráneos vacíos que pueblan la tierra y gobiernan a las colectividades. Pocos son los elegidos por Dios para esa obra redentora del estadista genial y lo común es, que la democracia no los encumbra. Son las revoluciones las que los revela.

La Italia que Mussolini descubre dentro de la aurora del futuro es así: fuerte como la Roma de los Césares, derramando una vez más su cuerno de la abundancia sobre el mundo, repleto de los efluvios de su alma que lucen en su maravillosa pintura y en su genial literatura; en las cerebraciones hermosas del derecho, perfilando la personalidad humana dentro del concierto de la sociedad; en la organización armónica de ésta; dando a América, como ayer lo hiciera con Galos y Teutones, Griegos e Iberos, Macedonios y Partos, su sangre y su lengua y con ellas la pujanza de la latinidad derramándose sobre el orbe magnánima, trabajadora, espiritual, valiente y generosa.

¡Hélo allí! En la cuadratura de su cara adivínase la contracción nerviosa de los maseterinos, clásica de los hombres de acción que parecen masticar las letras antes de pronunciar las palabras y clasificar las sílabas para que la orden tenga todo el imperativo necesario para seducir y mandar. Boca de labios nerviosos que sólo saben ordenar, nacida para el comando, indicadora de la marcha, sobre todo allí donde se estanca la vida para luego fenecer, boca que odia la inercia en que se ve la muerte como en las aguas que se estancan para luego descomponerse. Boca como ésas que poseen el secreto del habla, la magia de la palabra que sólo sabe de movimiento que es vida, de acción que es mutación, de dinamismo que es reconstrucción y creación; palabra nerviosa, que es el espejo del alma siempre agitada como la mar, tempestuosa como ésta, apasionada por humana, sensitiva pero aun más, creadora a la vez que demoleadora de lo que al paso se opone como una valla infranqueable

para las almas débiles y que son, para los hombres de acción, obstáculos que el pensamiento salta y que el brazo nervudo demuele.

Mussolini es de frente amplia tras la que se adivina la multitud de pensamientos que pugnan por salir para fecundar la conciencia de su pueblo: ideas o miriadas de palomas fantásticas y mariposas iridiscentes que revolotean dentro del cerebro y que al transformarse en verbo es para plasmar un anhelo, para realizar una obra, para condensar un deseo espiritual, para marcar un avance, o para impulsarlo o ponerlo en acción. Miriadas de pensamiento o águilas que al agitar el medio donde extienden sus alas desatan el huracán y sacuden la tempestad de que antes os hablé y en las que se adivinan melodías discretas y armonías gigantes de que gozan las almas fuertes.

En el rictus Mussoliniano hay algo de trágico. Dijérase que en su facies están impresos los reflejos que el pasado pone en los destinos de su pueblo. Se nota en el gesto la rebeldía contra el vacío frente a la soledad de los siglos que siguieron al Imperio Romano y a la vez, la protesta contra el aletargamiento de la más pujante raza que jamás poblara el orbe, raza que por la cultura es la primera, por el genio conquistador y la sensibilidad artística es la primera; que por la inoculación a otras sangres dándoles vida es la primera; que por el verbo, por el derecho y la religión es la primera y que por todo, por su alma y su genio ha sido, es y será siempre la primera entre las razas humanas.

La tragedia de los destinos de esa raza—he dicho—está impresa en el facies rebelde de Mussolini. Por eso él es un símbolo, el del pueblo italiano nuevo, el que saliendo del letargo de algunos siglos despierta, revive y corre a colocarse a la vanguardia de la civilización donde siempre había militado y donde siempre está su puesto que ningún otro pueblo puede ocupar. Ese es el destino de vuestra raza. Mussolini es el símbolo de esa resurrección, el de la vida contra la muerte de Italia, el del porvenir contra el pasado, el del aliento y la movilidad contra la pereza, el símbolo de la esperanza que no está fuera del alcance de vuestras posibilidades raciales. Por eso la candencia de sus lavas—tal su pensamiento—llevan el fuego de su alma inquieta al alma de su patria. Mussolini es un fanático de Italia. Y tiene razón. El mejor blazón suyo y vuestro es haber nacido bajo el cielo de Italia, pues que toda gloria que

en vida se conquistó, jamás iguala a la de la patria que la sobrepasa.

¡Vedlo! Devolviéndoos de la profundidad de la tierra y de la sombra del olvido la realidad histórica de vuestras tradiciones en las ruinas de la antigua Roma que ha desenterrado. Vedlo, demostrándoos que el brazo italiano no es inferior al brazo nervudo de la Roma Imperial al cubrir de mieses la campiña romana que el genio y la pujanza del pasado no supieron cubrir de flores y de espigas; organizando el gobierno dentro de una estratificación jerárquica que le ha dado fuerza y orden en las convicciones y autoridades en la estructura social. Vedlo, aportando solución precisa y armónica al encontrado problema de las fuerzas del trabajo y del capital que antes se combatían y destruían con grave perjuicio para la patria, como consecuencia de una organización jurídica de la misma que con el carácter del individualismo desenfrenado hacían del privilegio de casta el medio más brutal de opresión humana. Vedlo, elevando el Derecho Social del siglo xx por sobre las ruinas del Derecho Político del 89 a cuya sombra los miopes estadistas de la democracia agnóstica negaban el Derecho Económico del pueblo.

Mussolini ha encontrado cánones nuevos para las nuevas aspiraciones. Vedlo, organizando las fuerzas constructivas de la patria, otorgando la fuerza del derecho a las masas oprimidas que carecían de él, cuidando del niño y de la madre, creando las milicias defensoras del ideal y apoyo de la soberanía del país, impulsando la salud, codificando el derecho nuevo, apoyando las ciencias, las artes, la música y las letras.

Por eso la Revolución Fascista es una Revolución de las ideas, de las costumbres y del medio, como creo dijo alguien de la Revolución Francesa; ella tiene tanto del corazón italiano como de la conciencia y la fuerza racial de Italia. Eso la hace universal y el fascismo es una doctrina del hombre más que del italiano. Cualquiera que la analice y estudie se compenetra de su obra y si es cierto que empezó para el italiano, hoy se extiende al hombre y mañana lo será a la humanidad.

El fascismo responde a una nueva doctrina jurídica de carácter social, político y económico que tendría que enfrentarse a las nuevas doctrinas de igual carácter con que el pensamiento humano trata de solucionar las relaciones conscientes y armónicas entre los hombres y colectividades. El fascismo no es simplemente la conquista del poder con que ambicionan algunos seres, para satisfacer concupiscencias o vanidades pue-

riles. Es una madura doctrina de gobierno que ha originado un nuevo sistema filosófico, salida de la mente de varios pensadores, especialmente de un socialista cuyas campañas recordamos, llenas de entusiasmo, desde las páginas del *Avanti*. No es tampoco una doctrina explicativa, justificativa o acomodaticia a un acaparamiento del poder político del estado con que tantos tiranuelos han querido aureolar su conquista.

El fascismo es una idea, un sistema basado en principios de carácter moral y material con que se pretende solucionar la grave cuestión social; que deriva de la filosofía, vive en el derecho nuevo y se plasma en el estado soberano, dando fuerza al colectivismo. Es una doctrina de justicia social y todo cuanto alcance a ésta no puede permanecer encastillado dentro de los límites de una colectividad determinada para difundirse en el campo más amplio del pensamiento y de los intereses morales y materiales de la humanidad. De allí la universalidad de que os hablé; de allí los choques de ideas que ella provoca, las tempestades de ataques o defensas que desata, porque como todo lo humano, es controvertible y, por ende, se desarrolla y fortifica en los crisoles de la crítica y en los campos de combate.

El fascismo proclama, como base jurídica de su nuevo sistema de gobierno, el dogma de la soberanía del estado. Lo levanta contra el dogma liberal atomístico de la soberanía popular o del individuo, bajo el cual se ha estructurado la pseudo democracia que rige en la mayoría de las naciones y que ha dado origen a la injusticia imperante en la sociedad actual.

La sociedad—dice él— es una unidad moral y material que actúa escapando a los límites del tiempo. Ella atesora las conquistas de la civilización, las riquezas del progreso humano, los avances del pensamiento y la pujanza física y moral de la raza; hereda del pasado las tradiciones de progreso y el cúmulo de sus dolores y alegrías, de sus luchas, de sus tropiezos, de sus triunfos para transmitirlos a las generaciones presentes y, limados de asperezas, los trasmite a su vez a la sociedad futura. La sociedad actúa, pues, sin tiempo ni espacio, no pertenece al individuo sino a la humanidad y sólo ésta puede y debe beneficiar de las conquistas morales y físicas del pasado y del presente. Ella se defiende, acciona, progresa y se desenvuelve, luego, es una unidad moral y material, espiritual y física.

El fin último de la sociedad—dice también—no puede ser el individuo sino el estado. El individualismo Kantiano, origen de la democracia liberal agnóstica, heredero de la Revolución Francesa, sólo ha servido para estratificar a la sociedad y dividirla

en castas donde la existencia del privilegio permite la explotación del hombre por el hombre y la consiguiente nulificación de la justicia social que debe presidir toda actuación de la sociedad. Es así que la democracia atomística liberal se ha burlado de los generosos principios de la Revolución: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

El estado, órgano de autoridad y no de gestión de la cosa pública, puesto al servicio del privilegio, está dirigido contra los oprimidos y las víctimas de la existencia del privilegio, en la democracia liberal.

El derecho atomístico, cúmulo de sus leyes, sirve tan sólo para guardar dentro de los límites del orden social (producto del temor, de la ignorancia y la servilidad de las masas) a la colectividad sobre cuyas espaldas se cierne el látigo de la ley represiva. La filosofía pide en cambio, que la ley, sea coordinadora de las relaciones sociales, que responda a la armonía derivada, de la justicia social y que el orden sea el producto de la razón organizada.

El sistema jurídico colectivista, dentro del cual se organiza el gobierno fascista, es totalmente opuesto al sistema establecido por el individualismo. Es la democracia real que se enfrenta a la pseudo democracia liberal, origen de tantas injusticias y males en la sociedad presente.

La sociedad actúa en beneficio colectivo, nunca en beneficio individual exclusivo, privilegiista, opresor, detentador del derecho humano, anulador del deber humano. Bajo el punto de vista fenomenal, la patria, que sería la guardiana de los tesoros espirituales y físicos de la sociedad, es eterna y única. El individuo, elemento pasajero que actúa dentro de un límite de espacio y de tiempo, impulsado por las pasiones y egoísmos propios a la naturaleza humana, o mejor dicho, a la bestia humana, al sub-hombre, al sub-consciente, beneficiando de los privilegios que le otorga el medio y coge de la organización jurídica de la colectividad, por consiguiente no puede ser el fin último de la sociedad, porque carece de la nobleza abstracta que sólo reside en la sociedad. De allí nace el dogma incontrovertible de la soberanía del estado que proclama el socialismo fascista.

Esa soberanía estatal ejerce su acción dentro del campo político, económico y social tendiendo a un fin único: el bienestar de la colectividad. Como se vé, el campo de acción del estado soberano es amplio y por consiguiente actúa moralmente y físicamente en la sociedad, de allí que sea el fascismo una re-

volución de las ideas, de las costumbres y del medio, desenvolviéndose dentro de un sistema filosófico consciente que en vez de oprimir al ciudadano, le educa, le levanta y le hace desenvolver sus facultades superiores ya no egoístamente como en la sociedad liberal, sino en beneficio colectivo y humanitario.

El ciudadano siente que es alguien, que, es una cosa, una célula del organismo social nuevo, dentro del cual palpita, se desarrolla, fructifica y vive. En cambio, en la democracia liberal tropezamos con que la ciudadanía es una hipótesis más o menos generosa que no está al alcance del ciudadano, quien es un hecho, sobre el que pesan los prejuicios ancestrales de la esclavitud, el servaje y la ignorancia.

El liberalismo ha fracasado. Fue bueno para su tiempo y mucho debe a él la evolución de la humanidad, pero las instituciones políticas del siglo 19—buenas para él y hechas para la mentalidad de su época—no pueden ser las del siglo 20, porque la evolución del pensamiento implica la evolución de las costumbres. El ciudadano de aquel siglo se conformó con el derecho político; el de la post-guerra, más abstracto, respondiendo a un tipo de carácter social y económico, exige nuevos derechos que antes no se contemplaron y es así que el hombre ha llegado, en su avance, ante una bifurcación de su camino y no le queda más que escoger uno de los dos: o el Comunismo, o el Fascismo. Pararse es condenarse a la pena de muerte social; regresar, la humanidad no lo puede. Los costarricenses, como el resto de la colectividad humana, no nos podemos retrotraer a las concepciones del siglo 19 y tenemos que afrontar el problema, estad seguros de ello. Nuestra organización política es anticuadísima, la social y económica no existen del todo. El hombre ve empeorarse cada vez más su situación. El ciudadano que lee, tiene conciencia cívica, reclama sus derechos y se afirma en su posición en el concierto social; que se comunica por el radio o el cable o el aeroplano o el cine en pocos minutos u horas con las palpitations del resto del mundo; que por consiguiente no es más la aislada unidad del siglo 19 que sólo conocía el mundo por los libros escasos y creaba sistemas de gobierno, hijos tan sólo de la filosofía, ese ciudadano nuevo, abstracto en su psicología, exige un campo de desarrollo de sus facultades físicas y mentales más amplio y el derecho político le resulta estrecho y viejo. En vano la psicología del siglo 19 pretende modelar la sociedad presente dentro de las concepciones viejas, que hicieron su tiempo y que deben reposar en el panteón del olvido o el museo de la tradición. Comunismo o Fascismo, he allí el dilema que tenemos que resol-

ver. Tened seguridad que pronto Costa Rica habrá de tener su Mussolini, como ya tiene su Lenin en la bien organizada mentalidad del leader Mora.

SEÑORES:

Conocidos, por todo cuanto os he dicho, la figura máxima de la Revolución Fascista, a Mussolini, y los alcances jurídicos, sociales, políticos y económicos de la misma Revolución, véamos ahora cuál es vuestra responsabilidad patriótica y humanitaria frente a la sociedad y a la evolución italiana:

Elevar a un pueblo a la altura del alma, impregnar su conciencia de la fuerte voluntad personal, creadora y modeladora y, una vez así, colocarlo a la vanguardia de la humanidad, he allí un aspecto de la acción de los grandes caudillos. Fiel a los destinos de su pueblo, identificándolo con la suprema concepción que uno se traza, arrancándolo de la paz o estancamiento que las decadencias traen consigo y en la que la personalidad humana se borra y donde el fuego interno no se manifiesta, frente al caudillo que salva a la nacionalidad de ese letargo, sólo existe un peligro que puede derrumbar su obra y ese peligro reside en el desfallecimiento de sus soldados o en la inconstancia de los lugartenientes necesarios para la afirmación del ideal.

En ese peligro debéis meditar vosotros, entusiastas fascistas en vida de Mussolini, para que vuestra revolución no fenezca en el futuro y a los entusiasmos de Mussolini debéis prestar la confianza, la consistencia y la rigidez necesarias, porque sólo la voluntad acerada por el patriotismo puede hacer sobrevivir la obra genial y salvadora del caudillo. He allí vuestro deber para con la patria, para con los destinos de vuestro pueblo, para con la historia. "No se sufre la salud—ha dicho un pensador—se la hace. Hay que poder forjarla con nuestras propias manos. Después del entusiasmo de una hora, es la continuidad de las virtudes de perseverancia, quien asegura el éxito del día por la confirmación del siguiente." Ese es vuestro deber frente a Mussolini y su obra. En él reside la salud de vuestra patria y de los triunfos de la Revolución.

ITALIANOS:

No olvidéis la gravedad de vuestra responsabilidad patriótica. La historia os ha hecho depositarios del más grande tesoro de tradiciones que jamás pueblo alguno haya poseído.

Es la herencia que los siglos y la raza han acumulado para orgullo y gloria vuestras.

Vedlo si no: en Roma tenéis el corazón de la humanidad con San Pedro y es en el subsuelo de la ciudad imperial, horadado por las catacumbas, donde la tradición mística del Cristianismo eleva a Dios su plegaria, donde aparecen la religión y el amor a la humanidad como las fuentes de sacrificio más sublimes y donde los mártires dan al Cielo su alma y a los hombres su corazón y su sangre, sangre y corazón de que ha derivado la humanidad las concepciones generosas de la filosofía que perfila el derecho moderno, que alienta los sentimientos de amor humano y que derramándose como un bálsamo sobre la tierra ha dado vida a la democracia.

En Roma tenéis la fuente del derecho con que los latinos regularon las relaciones entre los hombres; en Italia, la tradición del patriotismo más sagrado con el gesto estoico de Muscio Scévola y los ayes de Silvio Péllico; en ella, la tradición de las más gloriosas pintura y escultura con los divinos Rafael y Miguel Angel; en vuestra patria, los encantos de las letras con el Dante; allí, la tradición de la conquista heroica y de la civilización extendiéndose a los más agueridos pueblos y a las más ignotas regiones con César, Pompeyo y Germánico; allí, la palabra tornándose en música celestial con Cicerón y Pico de la Mirándola; allí, la música, la poesía, la filosofía, las ciencias, la mitología, es decir, el tesoro de las más grandes emotividades que elevan el alma y ponen el corazón conrito.

¡Italia! ¿Quién no la recuerda con emoción? No contento con ese legado de los siglos, para hacerla la más bella, así como ha sido la más buena, puso Dios la magia de la policromía en sus costas mediterráneas que guardan todos los tintes del arrebol y al oro de las mieses que cubren sus campiñas únese la esmeralda de sus lagos tranquilos y de sus bosques seculares que arrulla el retumbo de sus volcanes cuyos penachos de humo y fuego se elevan a ese cielo italiano tan azul y que se reflejan en las ondas movedizas del mare nostrum.

SEÑORES:

Mussolini puede haberse equivocado; aún más, debe haberse equivocado como timonel de la nave del estado, una y varias veces. Nadie es infalible, pero frente a los errores del estadista, las pasiones de sus contrincantes no deben nublarles el entendimiento y dejar de percibir que el sueño de engrandeci-

miento de la patria que ilumina sus actos, su pasión por la justicia social, sus ilusiones de resurrección y unidad italianas, las realidades magníficas de su dinamismo, le ponen fuera del alcance de los dardos envenenados que el odio le lanza a la faz y vosotros italianos, unidos en el sueño grandioso de la hegemonía de la Justicia Social y de la superioridad de la patria grande, podéis, como lo hago yo ahora, ponerlos de pie y saludar el genio creador de la patria nueva, emocionados ante quien sueña con ella y vive para ella.

Ahora a vosotros, centroamericanos  
que me hacéis el honor de escucharme:

Hay un ideal igualmente sublime que agita el alma de Centro América desde hace un siglo, ideal que deriva de nuestra historia común, de nuestros propios dolores y alegrías, de nuestra comunidad racial, geográfica, religiosa, lingüística; ideal que ha tenido sus mártires y héroes que eterniza el bronce y magnifica la gratitud patriótica de Centro América: es la Unión Sagrada de la Gran Patria, una e indivisible, fuerte y respetada.

Al explicaros, bajo el punto de vista patriótico, el mayor anhelo de Mussolini, sus gestos y actos dirigidos todos a la superior concepción de la grandeza de la patria, pidamos al Cielo que surja entre nosotros el caudillo sublime que nos amalgame, que abraze el alma de Centro América y nos una, desde Chiapas hasta el Sixaola, bajo los pliegues de una sola bandera, símbolo de poder, de autoridad, de respeto y amor por la Patria Grande, por Centro América única e indivisible.

He dicho.

DR. ANICETO MONTERO.

San José de Costa Rica, América Central,  
el 28 de octubre de 1932.

**Discurso pronunciado por el  
Dr. don Anselmo Rivera  
en el Fascio de Costa Rica  
"T. Cardelli"  
28 de Octubre de 1932-XI**

Se yergue Garibaldi en el Gianicolo y sobre su caballo mirando al Vaticano, vigila desde el monte a la imponente Roma.

Las roncadas campanas de San Pedro, con tañidos de providencial presagio que llegan en ondas vibratorias hasta las lejanas colinas de la Ciudad Eterna, sembradas de vetustas columnas, de moles y de capiteles; en aquella tierra visionaria del Dante y aquel pueblo invicto de Vittorio; ya agitan sus badajos llamando con solemne imaginaria, al augusto encuentro y a la santa cruzada de la liberación de Italia.

En el cielo de la sultana del Adriático, asoman nubarrones negros, como crespones gigantescos de un cercano luto, de lágrimas y sangre; las turbas se amotinan, suenan los clarines de la conflagración, el Quirinal se estremece, la justicia levanta sus picas, la idea sus estandartes, la conciencia presenta su pecho, el esfuerzo su brazo y la mentalidad su frente; cuando de entre aquel tumulto sordo y amenazante que resonó en el espacio italiano, santo como resuenan las flautas graves del órgano sagrado en las naves de su Basílica; en aquella nebulosa de lo incierto; entre aquellas tinieblas asfixiando el derecho y la razón; nublando la estrella radiante de toda la historia de su gran poderío, de su genio, de su arte y su belleza; Benito Mussolini, en su marcha triunfal sobre Roma, levantando sublime por sobre las multitudes enloquecidas, la roja antorcha del grito redentor; trocó de súbito las negruras de un horizonte bochornoso y agonizante; en los albores diáfanos y luminosos del sol naciente de una existencia nueva.

Duro y compacto como este mármol que lo perpetúa e in-

conmovible y sólido en su fe salvadora como la roca de donde salió este pedernal, convertido por el cincel virtuoso del artista en su genial persona; pueblo ninguno de la tierra, en lo que pueda sublimizar la alma humana ha tocado como éste los linderos de la divinidad y si hoy, en él se ha erguido un genio; es porque en todo lo que es más de Dios que de los hombres, elevándose sobre las latitudes de lo terreno; Italia ha producido un Dante, en el verso; en la música, un Verdi; en la pintura, un De Vinci y en la escultura, un Miguel Angel.

Inclito varón, tú que te has perpetuado ante las generaciones en la leyenda italiana, frente a la borrasca más tormentosa que ha azotado al género humano, demoliendo principios, aniquilando fe y masacrando la confraternidad de los hombres, que ha hundido a sus creaturas en el antro satánico de la malignidad y el desconcierto; arengando a las turbas con la potente verba de un Gambeta y la mirada fulminante de un Dantón; en el desequilibrio espiritual y físico y en los estragos mentales, por los efectos de la más gigantesca y demoleadora conflagración de todo un continente; predestinado por Dios en la regeneración y la concordia humanas; has redimido con tu espíritu y tu genio, al país más bello de la tierra y como de romanos, has ceñido a tus sienes por los siglos, los laureles gloriosos de vencedores y de Césares.

Sí, porque los cerebros más robustos del mundo, amellados han sido, ante la roca de las complicaciones infernales de la agobiada Europa y tú sólo, incommovible y frío como tú mármol; has podido más para tu Italia, que los ejércitos, los parlamentos y los cañones.

Enseñanza, política, religión, industria, ciencias, justicia, artes, finanzas, oficios, fuerzas de aire, de mar y de tierra, culto, trabajo, orden, sociedad, moral, beneficencia, ahorros, comercio, agricultura, cooperación y todos los aspectos y modalidades en el dinamismo de la grande nación italiana; esa es la obra gigantesca y sorprendente de esta genial figura, que ante la expectación mundial, se ha exaltado con imaginación prodigiosa, por sobre el formidable oleaje, en que hoy tambalean naciones más poderosas; pero menos afortunadas que la privilegiada Italia, con su gran Mussolini.

Y aunque la figura de este hombre extraordinario, se agranda a medida que su obra se pesa; hay algo que lo sublimiza más, hay algo que lo santifica aún y hay algo que lo exalta por sobre los planos de todo lo hasta ahora conocido, en este aspecto de los pueblos: el haber convertido una antigua

monarquía, en la más serena y en la más sabia y avanzada de las democracias republicanas que ha visto este siglo; sin atropellar la corona.

Allí tenéis a Francia, allí tenéis a Alemania, allí tenéis a Inglaterra, allí tenéis a la misma España y aquí tenéis a la poderosa Nación Americana; todas sobre un volcán dormido de inestabilidad y a los bordes de un cataclismo futuro al despertar; en tanto que después de una jornada apenas de un Atila, la bella Italia que canta y que cincela, serena y tranquila, al son de las dulces canciones y bandolinas cicilianas, a los acordes de las arpas venecianas y santificadas en sus armonías, en sus mármoles, en sus tesoros, su tradición y en sus reliquias; balaceándose sobre las mansas aguas del Mediterráneo y del Adriático, como sirena abrazando su lira y tendida su larga cabellera sobre esos mares; glorificándose en su salvador, camina triunfadora hacia los umbrales gloriosos de su antigua grandeza.

Y habiéndome anticipado, señores, a consignar esta profecía en mis cuartillas, hace apenas cuatro días, que ha sido predicha por el Duce en su trascendental, y luminosa alocución de Milán, frente a medio millón de almas, apiñadas en la plaza del Duomo: que su Patria, haría germinar en toda Europa, la semilla de su doctrina fascista y que dentro de los tiempos, volvería a sus dominios de directora del mundo, ya que está puesta en el camino de la victoria, hasta coronar la más santa de las jornadas ante la humanidad; profecía que en esta obra providencial, debe meditar con recogimiento, al ser Italia el pueblo que en su mentalidad divina y con sus genios; es el que más se acerca a Dios.

Vedle aquí, sobre esta columna, que esbelta como las del severo Campidoglio, símbolo es del renaciente y legendario poderío de Roma, que al través de las épocas, de las religiones, de las lenguas y de las razas, cuyo cetro, hoy es empuñado por un hijo; es así, que en esta hora de solemne prueba para la humanidad y cuando los pueblos todos del universo, a orillas de la miseria y de la ruina, por los efectos desconcertantes de una civilización malograda, necesitan orientarse en un predestinado, no debe haber en el mundo más que un idioma: la palabra paz; no debe haber en el mundo más que una religión: la de la hermandad y no debe haber en el mundo más que una raza: la de los hombres en la tierra.

¡ Benito Mussolini !; es por esto que aunque no nacidos donde tú naciste, ensalzados por la canción del gondolero, saludado

por los retumbos cavernosos de un volcán, confortado por las auras de los jardines florentinos y recibido con las bendiciones del Pontífice; hoy que aquí nos unimos a los vuestros como hermanos, para conmemorar el Décimo Aniversario de tu marcha sobre la urbe eterna y que en esta hora, convertido está este recinto en precioso fragmento de tu patria, y en santuario de tu gloria; aquí, juntos y ante tu mármol, encendemos los pebeteros balsámicos de nuestro recogimiento y entonamos en tu loa, las alabanzas y el tedeum armonioso de nuestra salutación; por Italia, por su Rey y por Ti.

DR. ANSELMO RIVERA G.

PRONTUARIO  
DE  
DERECHO PENAL  
— — — — —  
TRATADO DEL DELITO



IMPRESA GUTENBERG

ANGULO, TREJOS & Co., SOCIEDAD ANÓNIMA

TELEFONO 3877 - SAN JOSE, C. R. - APARTADO 1309

CR05



IMPRESA NACIONAL  
SAN JOSE, COSTA RICA  
1934